

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— »
Blouse Ideal	»	2'50 »
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 »
Ideal Parisien	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— »
Manteaux et Costumes de Promenade	»	3'— »
Mode de Paris	»	3'— »
Mode Nationale	Mensual	1'25 »
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— »
» » Ceremonies	»	5'— »
» » Blouses	»	5'— »
» » Enfants	»	3'— »
» » Lingerie	»	5'— »
» » Tailleur	»	5'— »
» » Gentlemens	»	5'— »
Fashions	»	5'— »
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— »
Paris Chic	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes	»	2'25 »
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 »
Tres Chic	»	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbadá, 15. Apartado 925—Barcelona

NOVELA POPULAR CINEMATOGRAFICA



to IV
ero 152

cts.

Protagonista
House Peters

Tras la fortuna

BROWN, Clarence
Novela Popular
Cinematográfica

Tras la fortuna

(Don't marry for money, 1923)

Argumento en forma de novela, de la primorosa
película, de amor y aventuras, así titulada
Exclusiva de "Gaumont", Valencia, 274

Protagonista : House Peters



PUBLICACIONES MUNDIAL
BARCELONA — APARTADO 925

V1 año
Número
52 cts.

Tras la fortuna

House Peters
Producción

PRIMERA PARTE

En Fairfield, pequeña ciudad provinciana, en la que la vida no corre vertiginosamente como en las grandes urbes, sino que se detiene y se paraliza en una calma de remanso, vivía el matrimonio Webb, cuyo hogar era un remanso también. Pero bajo la quietud de las aguas de este remanso se agitaban, libremente, los instintos y las pasiones más intensas.

Samuel Webb, el hombre de la casa, era avaro y despótico y se juzgaba amo único e indiscutible de cuanto en su casa le rodeaba. Para que esto no fuese puesto en duda por nadie, a cada paso se encargaba de recordarlo, especialmente a los suyos, que eran su mujer y su sobrina, moza ya y bella como un amanecer de primavera.

Al lado de Samuel, su esposa, humilde y callada, parecía mucho más insignificante de lo que por naturaleza era. Temperamento nacido para la obediencia, acataba sin protestas todas las órdenes de su marido, fuesen o no razonables. En su ser íntimo, sin embargo, había un fondo, cada vez mayor, de descontento. No podía estar satisfecha de la vida que le había tocado en suerte.

De vez en vez iba a visitarles un individuo

bastante ridículo, que se creía ser el Petronio de la población, llamado Casto Mosley. Poseedor de unos cuantos miles de dólares, no le hacían mala cara las niñas casaderas y lo adoraban las madres de las niñas casaderas.

Pero a Mary Widney, la sobrina del matrimonio Webb, aquel partido le parecía sencillamente despreciable. Era Mary ambiciosa, amaba el lujo, y su imaginación, un poco romántica, le hacía soñar con más amplios horizontes que los de aquella pequeña ciudad provinciana.

Su tío, por el contrario, tenía ya proyectado casar a Mary con Casto, sin contar para nada con la opinión de ésta, pues no le parecía posible que la muchacha se atreviera a desobedecerle.

Como el día que comienza nuestro relato, Casto les visitara y Mary no le hiciera el menor caso, en cuanto el ridículo personaje se marchó, Samuel, con un malhumor y una cólera violentos, dijo a su sobrina:

—¿Pero qué es lo que te has creído para tratar a Casto con ese desprecio? ¡Vale cinco mil dólares!... ¡Es el mejor partido que podías encontrar!

—Será el mejor partido, según usted, pero a mí no me entusiasma. Y como la que ha de casarse soy yo...

—¿Te figuras acaso que él es poca cosa para ti?

—Ni poca ni mucha... Me es indiferente.

—¿Qué modo de hablar es ése? ¿Cómo te atreves a decirme, a mí, semejantes cosas?

—Digo lo que siento... Nada más...

—¡Por lo visto crees que en mi casa vas a comer eternamente la sopa boba! Si eso crees, te equivocas.

—No creo nada de eso. Pero digo que no me casaré con un hombre tan ridículo como Casto.

—¡Basta dé contestarme así! Te casarás con él porque yo lo mando.

—No me casaré con él, aunque usted lo mande. Si mi destino es casarme por dinero, buscaré por mí misma al hombre que me convenga.

Tanta cólera produjo esta respuesta a Samuel, que no acertó ni a contestar a su sobrina. Esta agregó:

—Tengo doscientos dólares por todo capital... Pues bien; me iré con ellos a Nueva York y procuraré allí hacer fortuna.

Al oír estas palabras de Mary, su tía, que asistía a la escena, murmuró melancólicamente:

—¡Si yo hubiese tenido doscientos dólares cuando tenía tu edad... otra hubiera sido mi vida!

No hablaron más. Tan violenta se hizo la situación. Cada uno salió, con sus pensamientos y su estado de ánimo, por una puerta distinta.

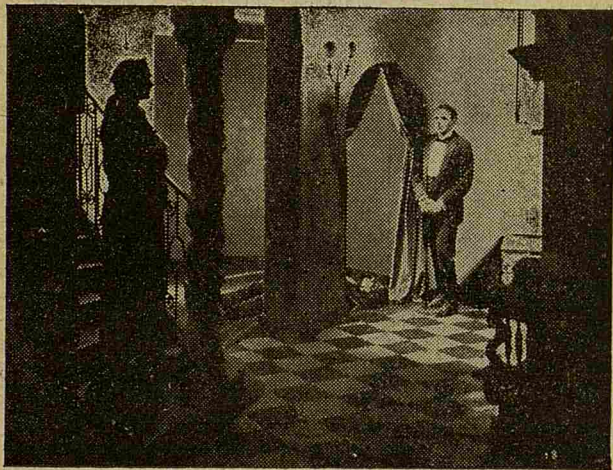
Y algún tiempo después, como consecuencia de esa escena cruda y realista, Mary Witney contemplaba el espectáculo de Nueva York desde la atalaya de su puesto de maniquí de la casa de modas denominada «Francine».

Estando contemplándola una mujer, no a ella, sino al traje que exhibía, oyó que a su espalda se decía, precisamente acerca de dicha mujer:

—¡ Esa muchacha tiene la suerte por arrobas !
 ¡ El viejo con quien se ha casado tiene no se
 cuántos millones !...

—¿ Y es feliz ?

—Quizá no será lo que se llama dichosa... p.^a.



ro tendrá un palacio para vivir, muchos vestidos
 y muchos criados a su disposición.

—Si se contenta con ello...

—¿ Y por qué no ?

Las personas que hacían estos comentarios se
 alejaron y Mary no pudo oír nada más.

Su patrona se presentó ante ella y le dijo :

—Mañana irá usted a Long Island para ense-
 ñarle a la señora de Graham algunas de nues-
 tras últimas novedades.

La señora Graham era precisamente aquella
 de que había oído los comentarios. Mary se ale-
 gró de saber que iba a visitarla. Creía que los
 hechos, al parecer insignificantes, pueden cam-
 biar el curso de nuestra vida. Tuvo como una
 corazonada de que en aquella visita su destino
 iba a tomar nuevo rumbo.

Al día siguiente Mary cumplía de un modo
 mecánico su obligación de maniquí en la sun-
 tuosa morada de la señora Graham. Pero, firme
 en su corazonada, se sentía gozosa, esperando
 un acontecimiento.

Aurelia Graham era uno de los miembros más
 distinguidos de la colonia veraniega de Long
 Island, la encantadora isla contigua a Nueva
 York.

Estando todavía con Mary, hubo de dejarla
 porque dos visitantes la esperaban. Eran éstos
 Esteban Connor, un fino espíritu de epicúreo,
 que poseía el talento de tomar la vida sólo por
 su parte agradable, y su íntimo e inseparable
 amigo Pedro Smithson, hombre bueno, sencillo
 y caballeroso, que poseía el dinero, esa palanca
 poderosa que abre todas las puertas de nuestra
 imperfecta sociedad moderna.

Los dos amigos, que no tenían ningún que-
 hacer, fueron a charlar un rato con Aurelia, que
 era mujer de nuestro tiempo, independiente,
 culta y capaz de conversación grata y gustosa.
 Sin embargo, Pedro no se sentía tranquilo a su
 lado. Quizá viera en aquella mujer un peligro.

SEGUNDA PARTE

Mary, mientras esperaba la vuelta de Aurelia, oyó hablar a las criadas de ésta, muy enteradas de toda la vida de las gentes que solían ir a Long Island. Una de ellas, más nueva allí, preguntó:

—¿Quién es ese caballero que está abajo con la señora, el más joven de los dos? No lo he visto nunca, hasta hoy.

—Es el señor Smithson... el soltero más rico de Nueva York...

—Si nuestra señora no fuese casada, ya le veo dejando de ser soltero.

—Quizá sí.

Como, abajo, Aurelia dejara un momento solos a los dos amigos, Pedro dijo a Connor:

—Estoy completamente descentrado aquí, amigo mío. Esa sensación de peligro que siento cerca de Aurelia, se agudiza. Voy a buscar un pretexto para marcharme.

Dicho esto, fué al teléfono y se puso al habla con un amigo suyo, al que, por último, dijo:

—Bien, Barnes, diré que me llama usted urgentemente, para salir de aquí. No vaya usted a descubrirme, ¿eh?

Así lo hizo, y se despidió.

Mary, impaciente porque tenía que volver al establecimiento de que era empleada, bajó y dijo a Aurelia:

—Si ya no me necesita usted, señora, le agradeceré que me haga conducir a la estación.

—Ahora mismo—repuso Aurelia.

Un momento después, Mary partía en un auto. Pronto alcanzaron al en que iba Pedro, que no tenía prisa.

A poco de ir casi a la misma marcha, el auto en que viajaba Mary tuvo una avería. El chófer, observando lo que había sucedido, le dijo:

—La avería es grave, señorita. Tenemos postura para rato.

Pedro, galante, hizo que se detuviera su coche y dijo a Mary:

—¿Puedo serle útil en algo?

—Si usted fuese tan amable que me llevara a la estación...—murmuró la muchacha.—De lo contrario no llegaré a tiempo de tomar el tren, y si no estoy en Nueva York antes de la noche, seré despedida de donde trabajo.

—Con mil amores la conduciré, no a la estación, sino a Nueva York, pues que yo voy allá.

Mary subió al auto de Pedro. Como éste hiciera un gesto de ir a tirar el cigarro que fumaba, ella le dijo presurosa:

—No deje usted de fumar, se lo suplico... Para mí no tiene nada de desagradable el aroma del tabaco.

Sencillez, ingenuidad: he aquí las armas que empleó Mary, durante aquel viaje, para conquis-

tar al millonario, lo que logró por entero, hasta el punto de que algunas semanas después de aquel primer encuentro, abandonó su trabajo para ir a pasear con Pedro.

Cuando regresó al establecimiento de modas, la dueña, que ya había preguntado varias veces por ella, extrañada de que no estuviera, le salió al encuentro y le preguntó:

—¿Desde cuándo mis empleadas, señorita Mary, se permiten el lujo de salir de paseo a las horas de trabajo?

—Siento que se incomode usted, Francine, pero me voy de su casa... para casarme.

—¿Para casarse? ¿Con quién?

—Quizá usted habrá oído alguna vez el nombre de mi novio... Pedro Smithson... millonario...

—¡Oh, esto es una cosa muy seria, mi querida!... ¡Ya verá usted qué traje de boda voy a prepararle! ¡Una cosa magnífica!...

En seguida, la dueña del establecimiento añadió:

—¿No estarás loca por él, verdad?

—Por él, no... Estoy loca por sus millones.

Y así fué cómo de un salto, sin apenas darse cuenta, vió Mary satisfecha la ambición de toda su vida. Había partido para Nueva York tras la fortuna. Esta le salió al paso, más fabulosa que jamás lo hubiera soñado.

Después de una breve luna de miel, que pasaron viajando, los recién casados se instalaron en su hogar. Y en las primeras semanas que si-

guieron a ello, Mary se dedicó a tirar el dinero, a gastar por el placer de gastar.

No se dió cuenta de lo mucho que gastaba hasta un día que le presentaron una factura de su antigua patrona, que era así: Francine. Señora Mary Smithson... Resumen de mis facturas núms. 39, 40, 57, 89, 111, 112 y 117. Debe: 10,000 dólares.»

Al entregar esta factura a su marido, para que la pagara, Mary le dijo:

—Perdóname... No me daba cuenta de que gastaba tanto...

—No estés triste por eso—le repuso Pedro;— el dinero se ha hecho para gastarlo.

Hubo una pausa, y luego Pedro agregó:

—Ahora, señora de Smithson, tenga usted la bondad de dedicar algunas horas a su marido... Desde que regresamos nunca está usted a mi lado... y eso sí que me duele.

—Dispéñeme, Pedro, pero hoy no puedo... Estoy invitada a merendar con Aurelia Graham.

—Bueno. Tendré paciencia. Otro día será.

Por aquellos días se había puesto de moda un Faraón que de moda estuvo cuatro mil años antes, y un establecimiento denominado Pyramid era el punto de reunión de toda la gente *chic* de Nueva York. Allá fueron, a merendar, Aurelia y Mary, que desde que ésta había pasado a millonaria eran muy amigas.

En cuanto llegaron las dos mujeres, un sin fin de hombres elegantes las rodearon, atentos y un poco caricaturescos, como son todos los hombres que hacen vida tan poco intensa.

Haciendo genuflexiones un poco forzadas, ante las dos bellezas, cada uno tenía un comentario de admiración para ellas.

Eran, realmente, maravillosas de hermosura, de gracia y de gentileza. Llamaban la atención hasta ante las más bellas mujeres que allí había. Especialmente Mary, que no había perdido aún su ingenuidad, era un encanto. No quedó ni un solo individuo que no reconociera su extraordinaria belleza, realzada por la sencillez de que aun no se había desprendido, para mayor importancia del admirable conjunto que era como mujer.

Un individuo que daba vueltas de aquí para allá por todo el salón amplio y lujoso, se fijó más que nadie en ella. No la había visto nunca. Estaba sorprendido y pensativo. Se veía que forjaba algún plan extraño.

Aquel individuo se llamaba Gustavo Martín. Había dedicado la primera parte de su juventud a enamorarse de las mujeres, y estaba dedicando la segunda parte a aprovecharse de la experiencia adquirida y a procurar que las mujeres se enamorasen de él.

No cabía la menor duda de que pensaba dirigir sus armas, de esta naturaleza, contra Mary, quién sabe con qué fin.

TERCERA PARTE

Connor fué a visitar a su amigo Pedro y, hallándole solo, extrañado, le dijo:

—¿Cómo tan solo, amigo mío? Yo creía que ibas a merendar esta tarde con tu mujer.

A Pedro le pareció vergonzoso declarar la verdad, y contestó a su amigo:

—Sí... ese era mi pensamiento... Pero he tenido que hacer a este momento... Por eso le dije a Mary que saliese, si quería... Creo que ha ido con Aurelia Graham...

Connor creyó adivinar lo ocurrido y no dijo una palabra más sobre el asunto.

Como Pedro aseguró haber terminado ya su ocupación, salieron juntos.

Entretanto, Gustavo Martín se decidía a llevar a la práctica el plan que había forjado, y simulando no conocer a ninguna de las dos mujeres, por no preguntar solamente que quién era Mary, se acercó a uno de sus amigos, que acababa de saludarlas, y le dijo:

—¿Quiénes son esas dos bellezas, amigo mío?

—¿No las conoces? Son Aurelia Graham y esa modistilla que se casó con Pedro Smithson. Si quieres, tendré mucho gusto en presentártelas.

—Sí, preséntame. Me agradará hablar con ellas.

Todo salió a gusto de Gustavo, que en seguida procuró hablar a solas con Mary, y dirigirle palabras halagadoras. Durante el resto del día, sostuvo frecuentemente diálogos largos con ella, tratando de deslumbrarla con un sin fin de palabras nuevas a los oídos de la joven.

Como buen Don Juan, Gustavo tenía pocos amigos que supieran su vida íntima, así todos ignoraban la existencia de un amor sólido en su vida, aunque pareciera imposible en hombre como él, siempre entregado al *flirt*.

Nora, la mujer que amaba Gustavo, y de la que era amado con una violencia de tempestad, con un amor capaz de todas las abnegaciones y de todas las infamias, viendo al hombre adorado dialogar con tanta frecuencia con Mary, lo arrastró con una mirada hasta un rincón solitario, y allí le dijo:

—¿Sabes que empiezan a escamarme un poco tantos diálogos con la señora de Smithson?

Al cabo de un mes de cuanto acabamos de referir, Gustavo había logrado ya varias entrevistas con Mary, siguiendo su oculto plan. Y todas se las refería a Nora, a la que, sin duda, le hubo de explicar cuando le interrogó por primera vez, cuál era su propósito. Desde luego, en estas entrevistas Mary no había concedido nada que debiera ocultarse, pero Nora se sentía celosa y protestaba. Calmosamente, Gustavo le dijo:

—No seas celosa, querida Nora... Tú sabes

que para mí no hay en el mundo otra mujer que tú... Pero el negocio es el negocio... y la señora Smithson puede darnos dinero en abundancia... Todo es cuestión de aguardar el momento oportuno, que yo procuraré que no se retrase.

No era Mary capaz de faltar a la fidelidad jurada a su marido, pero le agradaba jugar con el peligro, sentirse arrullada por las palabras cálidas del conquistador.

Sin embargo, temiendo haber ido demasiado lejos con él, en la primera entrevista que tuvieron, después de haber hablado Gustavo con Nora lo que acabamos de consignar, Mary le dijo:

—No puedo seguir acudiendo a sus citas, Gustavo... Pedro es tan bueno conmigo... ¡Sería un crimen engañarle!...

—¡No hay crimen cuando se escucha solamente la voz del corazón, Mary!...

—Quizá no... Sin embargo, nunca, nunca me apartaré del camino recto. Sólo divorciándome de mi marido podría corresponder al amor de usted. Pero esto sería cruel. Creo que Pedro me ama, y no se merece, ciertamente, de mí, eso...

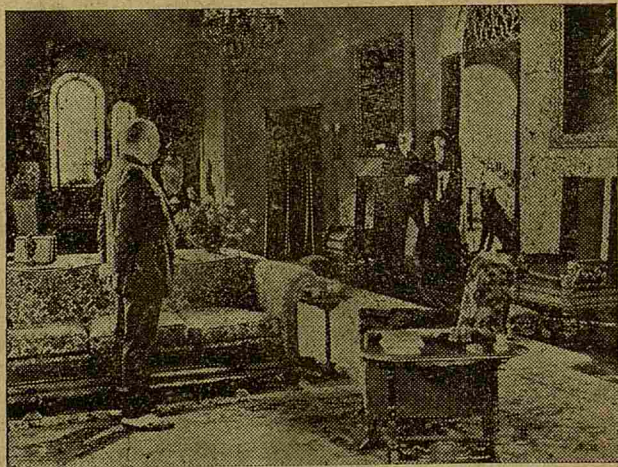
—No está en mi ánimo ofenderla en lo más mínimo, Mary... Pero quiero recordarle que yo también la amo y que me considero capaz de darle la felicidad...

No hablaron más en aquella ocasión. Gustavo se marchó preocupado. Las palabras de Mary: «Sólo divorciándome de mi marido podría corresponder al amor de usted», sonaban en sus oídos invitándole a no cejar en su plan, que por esta causa tomaba un giro nuevo.

Decidido, se fué a buscar a Nora, a la que dijo :

—Nora, necesito que me ayudes en ese asunto de la señora Smithson.

—¿Y qué es lo que quieres que yo haga?



—Voy a procurar que tú, fingiéndote una señorita conocida mía, te introduzcas en casa de los Smithson... Después, tu trabajo se reduce a hacerte interesante a los ojos del marido, cosa que te será fácil... ¿Vas comprendiendo?

Como se ve, Gustavo y Nora eran dos criaturas de presa, que iban también tras la fortuna.

A los pocos días, Nora, heroína de una historia fantástica, que Gustavo se había cuidado

de referir, era huésped de los Smithson. En seguida, naturalmente, puso en práctica las instrucciones de Gustavo, pero, a decir verdad, su plan de conquista adelantaba poco. Pedro no le hacía el menor caso. Muchas veces, parecía que ni se había dado cuenta de la presencia de Nora, no obstante lo que ésta procuraba no pasar, ante él, desapercibida.

A la sombra de estar allí Nora, como íntima amiga suya, Gustavo pudo ir sin que despertaran sospechas, según él, sus visitas, con mucha frecuencia, a la casa de Mary, teniendo miles de ocasiones de hablar con ella, que no para otra cosa lo había hecho todo. Esperaba, por otra parte, que ésta se sintiera celosa, por lo que Nora había de hacer respecto a Pedro, lo cual, en su plan, había de facilitarle el camino.

Pedro no parecía percatarse de lo que Gustavo hacía, pero su amigo Connor sí, y un día le dijo :

—No interpretes mal lo que voy a decirte, Pedro... ¿No te parece que Mary tiene demasiada amistad con Gustavo Martín?

—Me fío de mi mujer en absoluto, amigo Connor... Pero si un día se me ocurriera sospechar que Martín le hacía la corte... ese tipo se acordaría de mí.

Era mucho hombre nuestro protagonista.

CUARTA PARTE

Algún tiempo después, habiendo fracasado todas sus tentativas cerca de Pedro, Nora llevaba a la práctica una nueva derivación del plan de Gustavo. Al efecto, un día que Pedro había salido fué en busca de Mary y le dijo:

—¿Puedo hablar con usted un momento a solas, Mary?

—Creía que estaba usted vistiéndose para la comida... Me ha sorprendido, pues, verla aquí. ¿Qué quiere decirme?

—No, no me estaba vistiendo... porque no me quedaré a comer esta noche... No puedo... Me marchó ahora mismo...

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Es muy duro lo que voy a decirle, Mary... Amo a su marido... y creo que él lo ha comprendido, porque me persigue constantemente...

—Sí, debe ser verdad lo que usted me dice... aunque no se me había ocurrido sospecharlo... Hoy, precisamente, es el aniversario de nuestro matrimonio y Pedro ni siquiera lo ha mencionado.

—Perdóneme usted, Mary... Yo no puedo seguir aquí después de lo que le he confesado,

ni un minuto más... Comprenda usted que es imposible que yo continúe en esta casa...

Dicho esto, Nora, creyendo conseguido su objeto, se marchó.

Quizá, en el fondo de su alma, había deseado siempre Mary tener una ocasión para promover el divorcio... Pero ahora que tenía en las manos aquella ocasión, comprendía que no podía hacer uso de ella, porque Pedro, a poco, insensiblemente, había ido apoderándose de su alma, hasta el punto de que ya empezaba a creer que amaba fervientemente a su marido, y que su dinero, que había sido lo que la había arrastrado a casarse con él, ya no le importaba gran cosa.

A poco, durante la comida, varias veces desoó Mary hablar a su marido sobre lo que Nora le había dicho, pero se lo impidió la presencia de Connor, que, invitado, comía con ellos. Le extrañó mucho, por otra parte, que Pedro no preguntara por Nora.

Esta, en cuanto se despidió de Mary, se fué en busca de Gustavo, que la esperaba impaciente, y al que dijo:

—La dejé convencida de que su marido está próximo a engañarla. Es el momento propicio para comprometerla y hacerla después soltar el dinero.

Gustavo no esperó a oír más. Salió a escape para el domicilio de Mary, seguro de verla enseguida.

Había terminado la comida y como Mary abandonara el comedor, Pedro dijo a su amigo:

—¿Te has fijado? Se cree que he olvidado nuestro aniversario... ¡Buena sorpresa va a llevarse!...

En aquel mismo momento, en otra estancia, sin que Mary supiera por dónde había entrado, Gustavo se puso ante ella y le dijo:

—Mañana, Mary, me voy de Nueva York y acaso no volveremos a vernos nunca... Déjeme que esta noche le hable a solas por última vez. Haga salir a su marido con cualquier pretexto.

—No, Gustavo... yo no puedo hacer eso...

—Si las palabras de un hombre que ama sin esperanza valen algo para usted, quédese sola esta noche, Mary.

Y, sin aguardar respuesta, seguro de que se haría lo que deseaba, Gustavo se marchó tan misteriosamente como había entrado.

No hacía ni dos minutos que Mary se había quedado sola cuando Pedro la llamó y le dijo:

—Connor y yo nos vamos al club.

Mary estuvo a punto de gritar a su marido que no se fuese aquella noche, pero no tuvo fuerzas para ello.

Cuando oyó que la puerta se cerraba, tembló. Al quedarse sola tuvo la sensación de quedar abandonada y a merced de aquel otro hombre que no tardaría en llegar.

En efecto, Gustavo no tardó en presentarse, más seguro que nunca de que tenía la batalla ganada. Para no tropezar con obstáculos, dijo a Mary, simulando pasión fervorosa:

—No saldré de esta casa sin usted, Mary...

Estoy desesperado y la desesperación es mala consejera.

—Lo que usted me pide es imposible — repuso Mary con energía insospechada, que nacía, sin duda, del descubrimiento que había hecho de que amaba a su marido. — Y más imposible que nunca hoy, que es el aniversario de mi casamiento.

—¡Un aniversario que su marido ha sido el primero en olvidar!... — comentó Gustavo con tono sarcástico. — ¿Por qué se obstina usted en permanecer fiel a ese hombre?

Estas palabras, sobre todo por lo que se referían al supuesto olvido de Pedro, hicieron mella en el ánimo de Mary, que, por lo pronto, permaneció silenciosa. Para no desaprovechar aquel silencio, causado por impresiones propicias para su fin, Gustavo agregó, con calor simulado perfectamente:

—¡La amo a usted con toda mi alma, Mary!... ¡Su amor es para mí lo más grande que existe!

Como Mary permaneciera aún sin acertar a hablar, se acercó más a ella y prorrumpió como un verdadero enamorado, con ese frenesí en la pasión de amor que tan admirables resultados da:

—Amo sus ojos, Mary... amo sus manos... la amo a usted toda, como no se ama más que una vez en la vida... Su marido no la quiere... De eso no puede tener usted duda, supuesto que olvida hasta el primer aniversario de su boda... Es un hombre basto, que no sabe apreciar el tesoro que es usted... No ha sabido quedar ma-

ravillado ante sus ojos, que son dos gemas deslumbradoras... No ha sabido adorar sus manos, más bellas que las más bellas flores... No ha sabido arrodillarse humilde ante su cuerpo todo, que es belleza viva e imperecedera... ¡Por favor, Mary, olvídelo usted todo para pensar solamente en el amor... en el amor que embellece la vida!

Diciendo esto, Gustavo intentó abrazar a Mary. Esta tuvo aún ánimos para retirarse y evitar el abrazo. En este momento llamaron a la puerta.

QUINTA PARTE

Mary, toda temblorosa, fué a abrir. Al ver quién llegaba, su temblor aumentó. Quien llegaba era su marido con un espléndido regalo. Este, sin darse cuenta, o simulando no darse cuenta, al principio, del temblor y la sorpresa de Mary, le dijo:

—Ya creías que había olvidado nuestro aniversario, ¿verdad?

—En efecto... sí... no sé... la verdad — murmuró con voz apenas inteligible Mary.

—Pues ya ves que no. ¿Cómo podía olvidarlo? Todo ha sido porque quería darte esta sorpresa.

Al oír estas palabras de su marido, Mary sufrió horrorosamente de remordimientos, por haber vacilado alguna vez hasta el punto de pensar en el divorcio... hasta el punto de que Gustavo estuviera allí con algún derecho... por haberle ella escuchado otras veces halagada. Y pensando que los dos hombres iban a encontrarse frente a frente y que quizá surgiera entre ellos, por su culpa, algo trágico, su temblor tomó incremento, un incremento ostensible, a pesar de que ella se esforzaba por disimularlo.

Como si lo descubriera entonces, Pedro le dijo:

—Parece que estás nerviosa... ¿Ocurre algo?

—No, nada... Como no te esperaba, la sorpresa... Luego la alegría de verte que no habías olvidado el aniversario de nuestra boda.

—No, no, tú estás enferma, Mary... Lo veo



en tu rostro... Voy enseguida a llamar al médico...

Hablando así entraron hasta la estancia en que Gustavo aguardaba. Era claro, por su gesto, que Pedro sabía que estaba allí. Sin embargo, se hizo el sorprendido y exclamó:

—¿Cómo? ¿Estaba usted aquí? ¡Qué sorpresa!

—¿No te lo había dicho — dijo Mary, queriendo salir del paso — que nuestro amigo Gus-

tavo estaba aquí? ¡Qué olvido! Sí, ha llegado hace un momento a felicitarme por el aniversario...

—Lo celebro. De veras lo celebro. Mi amigo Connor me ha dicho que no puede venir a celebrar el aniversario con nosotros, y puesto que Gustavo está aquí nos acompañará, ¿no es cierto?

—Con mucho gusto — repuso Gustavo, contento de que todo se arreglara de tan buena manera.

También Mary se había tranquilizado, no sólo por el buen giro que había tomado aquel conflicto, sino porque ya se había evitado el que estuviese a solas con Gustavo, que era lo que más la aterrorizaba, por temor de no saber defenderse y de caer, no obstante estar ya segura de que amaba a su marido.

Pacientemente, Pedro sacó una botella de vino un tanto adormecedor, que ya tenía preparado al efecto, llenó tres copas y luego dijo:

—¡Bebamos por mi mujer... y por la felicidad de nuestro hogar!

Gustavo apuró la copa. Pedro y Mary no bebieron.

Pedro dijo a su esposa:

—¿No bebes, Mary?

Mary bebió, pero él dejó sin tocar su copa.

Después de una breve pausa, Pedro dijo a Gustavo con una calma admirable:

—¡Buen vino!, ¿verdad, amigo Gustavo?... Oporto de hace un siglo... Quizá le interese saber que estaba envenenado...

Gustavo palideció horrorosamente. Mary, creyendo que merecía tal cosa, ni se inmutó. Admirable serenidad ante el peligro verdadero.

Pedro añadió:

—Prueba de que estaba envenenado es que yo me guardé muy bien de tocar mi copa. Vedla. Está entera... El veneno empezará su acción dentro de unos instantes... ¡Oh, pueden estar tranquilos! ¡La muerte no será muy dolorosa! Se acercará callando, silenciosa, sin que se den cuenta de ello...

Gustavo palideció más aún, hasta parecer un cadáver. Mary, comprendiendo que si su marido la envenenaba era porque la quería mucho, le miraba amorosa y resignada, sintiendo grandes deseos de arrojarse a sus pies y de decirle que también ella le amaba arduosamente. Pero la contuvo la seriedad del momento.

Pedro, sin perder el humor, dijo a Gustavo:

—Sus ojos ya empiezan a salirse de las órbitas. Es el primer síntoma... ¿Oye usted? Su garganta silba... su respiración se está haciendo dificultosa... Su corazón late apresuradamente... para pararse de pronto... dentro de unos momentos... Probablemente tendrán que aprovechar ustedes los últimos segundos para decirse las últimas palabras de amor. Les dejo, por lo tanto, solos.

Dicho esto, Pedro salió de la estancia.

En cuanto hubo salido, Gustavo gritó a Mary, que no decía nada, pensando más hondamente que nunca en aquellos momentos:

—¡Usted tiene la culpa!... ¿Por qué no me

avisó de que su marido era un bárbaro y no un hombre civilizado?

Como si al decir estas palabras hubiese agotado todas sus fuerzas, pues realmente creía que iba a morir, Gustavo no dijo nada más. En cuanto a Mary, continuó silenciosa, arrepintiéndose de no haber amado como se merecía a su esposo.

Cuando pasó un largo rato, Pedro volvió a entrar en la estancia, arrojó sobre la mesa un papel doblado y dijo:

—En ese papel hay el contraveneno necesario para salvar a uno de ustedes.

Gustavo se arrojó sobre el papel, dispuesto a salvarse él, con una avidez de fiera. Lo desdobló, buscando el contraveneno. No había nada. Sólo unas palabras escritas por Pedro, que decían: «*No había veneno en el vino.*»

Gustavo tendió el papel a Mary, gritando:

—¡Mire usted... mire usted lo que dice en ese papel...! ¡Nos ha engañado!

Enseguida, recobrando su serenidad, dijo a Pedro:

—Yo ya había comprendido su juego desde el primer instante... Y si fingí creer en lo del veneno, fué solamente para quedarme a solas con Mary...

Quería significar con estas frases que había aprovechado aquella soledad.

Indignado, Pedro abrió la puerta, lo cogió por el cuello y, echándole a la fuerza, le dijo:

—¡Salga usted de aquí! ¡Es usted el ser más despreciable que he conocido en mi vida!

SEXTA PARTE

Gustavo se fué enseguida en busca de Nora, a la que dijo:

—Se ha burlado de mí, el miserable... ¡Pero me las pagará! Le demostraré que un hombre como yo no tolera ofensas de otro hombre.

—Aun no está perdido todo — le repuso Nora; — déjame obrar a mí. Tengo la llave de la casa y mal han de presentarse las cosas para que no pueda apoderarme de algo de valor.

Una vez dicho esto, Nora se encaminó a toda prisa al domicilio de Mary. Esta permanecía aún en la misma estancia en que se habían desarrollado los sucesos descritos. Pedro se había ido a otra habitación en espera de que Mary reaccionara y todo se pusiese en claro para la felicidad de ambos, que era su mayor ambición.

En cuanto Nora estuvo ante Mary, le dijo:

—Por lo visto, ha habido aquí esta noche un incidente desagradable, ¿no es cierto?

—Sí, por desgracia.

—Sería muy interesante para sus amistades, si lo conociesen, ¿no le parece a usted?

—Daría cualquier cosa por evitarlo.

—Pues entendámonos. Precisamente esa confesión es la que esperaba. Tiene usted a mano

un talonario de cheques... Entréguemelo si no quiere que mañana cuenten los periódicos el escándalo de esta noche...

—¡No, no quiero emplear el dinero de Pedro para salvarme! ¡Bastante daño le he hecho ya!



—Pero las joyas son de usted y no de él. Démelas y callaré.

Convencida, Mary entregó a Nora todas sus joyas, diciendo al mismo tiempo:

—¡Bien sabe Dios que no hago esto por mí, sino por él!

Cargada con aquella fortuna, Nora se apresuró a marcharse, temerosa de que surgiera algo imprevisto que le estropeará el negocio.

Antes de salir de la casa tropezó con Gustavo, que llegaba armado de un revólver.

—¿Dónde vas?— preguntó a su amante.— No seas tonto... Vente conmigo... ¡Mira lo que llevo aquí! ¡Una fortuna que nos permitirá vivir bien toda la vida!

—No me voy. ¡Déjame! Quiero castigar como se merece al hombre que se ha burlado de mí...

Nora cogió del brazo a Gustavo para llevarselo. El se resistió. En la breve lucha el revólver que éste llevaba se disparó. Nora, asustada, se escondió en una habitación inmediata. Gustavo cayó al suelo mal herido.

Mary, que, avergonzada de su ligereza, se disponía en aquellos momentos a abandonar aquella casa para siempre, aquella casa en la que sin saberlo había sido feliz, al oír el disparo, creyó firmemente que su marido había matado a Gustavo.

Pedro, por su parte, no dudó ni un momento en que la autora del disparo había sido Mary, y que éste habría sido dirigido asimismo contra Gustavo.

Oyendo llegar a la policía, Pedro, que ya se trazó un plan de conducta de acuerdo con lo que imaginaba, telefoneó a un comisario de policía, al que dijo:

—Acaba de suceder en mi casa un hecho sangriento. Te ruego que vengas tú mismo, Jorge. Contigo me explicaré mejor que con los policías desconocidos para mí.

Cuando apenas había abandonado el aparato,

entraron los policías en la estancia en que estaba. Sin perder la serenidad, les dijo:

—Acabo de telefonar al comisario Jorge Hill para que venga. Cuando él esté aquí, hablaré...

No tardó en presentarse el comisario, al que Pedro dijo con naturalidad:

—Puedes prenderme. Fuí yo quien disparé.

Pero Mary, que había acudido allí, se colocó ante el comisario y dijo con energía:

—¡No, no lo crea usted...! ¡Lo hace por salvarme! Fuí yo, fuí yo quien disparé!

—No sabe lo que dice—agregó Pedro, dirigiéndose a su amigo.— Ella estaba en su habitación cuando yo disparé... Se ve que quiere que no recaiga sobre mí la culpa... Pero, en efecto, yo soy el responsable.

En este momento se presentó un policía acompañando a Nora. Esta, cuando vió que no andaba nadie por los alrededores de donde se había escondido, se había apresurado a huir, sin cuidarse de averiguar qué le había sucedido a su amante, sin duda creyendo que no le habría pasado nada y que ya se habría escapado.

El policía dijo al comisario:

—Vi a esta señora que salía de aquí con un cofrecito lleno de joyas y me pareció sospechosa... Por eso la he detenido y conducido aquí.

—Estas joyas—dijo Nora con arrogancia—me las dió la señora Smithson...

Sin hacer gran caso de esta afirmación, el comisario se acercó a Nora y dijo, mirándola fijamente:

—Me parece que la conozco a usted... Sí, en

efecto... es usted Nora, la célebre estafadora que intervino en el asunto Lothrop.

Nora palideció.

El comisario, seguro de averiguar la verdad con aquel procedimiento, le preguntó, mirándola con severidad:

—¿Por qué ha matado usted a Gustavo Martín?

—¡Matarle!... ¿Pero es que está muerto?— preguntó con espanto, pues que tanto amaba a aquel hombre.

—Sí, está muerto... ¿Por qué le ha matado usted?

—¡Yo no quería matarle... lo juro!... Le amaba más que a mi vida... ¿Cómo había de querer matarle?... Quería ir a pelearse con el señor Smithson... Yo quise detenerle... luchamos... y su revólver se disparó... Eso es todo...

Como esta declaración aclaraba el suceso, Pedro preguntó a su esposa:

—¿Por qué decías que habías sido tú, Mary?

¿Querías sacrificarte por mí?

—Y tú, Pedro, ¿por qué lo decías?

—Porque te amo... ¿Querías tú salvarme también por igual motivo?

—Sí, Pedro, te amo; me he convencido de que te amo de una manera apasionada. Yo vine a Nueva York tras la fortuna; pero el destino me tenía reservado este amor hacia ti, que me llena todo el pecho y que es la más grande fortuna que se puede poseer.

F I N

FIGURINES DE MODOS

Los vestidos de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...

El traje de moda para el invierno de 1910...